

Annette Leo

Reinterpretación continua: lo que queda de la cultura de la memoria de la RDA

En Schwerin, la capital del estado federado de Mecklemburgo, se encuentra el «Cementerio para las Víctimas del Fascismo». Hasta 1989, este lugar le servía a la ciudad como centro conmemorativo. Todos los años se celebraba allí el 8 de mayo como «Día de la Liberación» y en septiembre el «Día de las Víctimas del Fascismo», con actos oficiales y depósitos solemnes de coronas. Desde 1990, sin embargo, este lugar ha caído en desuso. La parada de autobús ya no se llama «Cementerio para las Víctimas del Fascismo», sino «Cementerio Antiguo», por el gran cementerio municipal de la acera de enfrente. Ahora los únicos que se reúnen allí son grupos del Partido del Socialismo Democrático (PDS) y representantes de la «Asociación Antifascista». Naturalmente, eso se debe a la reorientación política desde la reunificación y las consiguientes inseguridades. Pero es más: incluso el lugar mismo provoca desconcierto. Tal como se presenta en este momento es un conjunto de contradicciones y preguntas sin respuestas. Se resiste a una integración sencilla en la incipiente cultura de la memoria de la ciudad y del Estado.

La historia del cementerio

El primer funeral en este cementerio se realizó el 8 de mayo de 1945 en el marco de un acto conmemorativo. Como es sabido, al terminar la Segunda Guerra Mundial, la ciudad de Schwerin estaba ocupada por los ejércitos estadounidense y británico. Eran las fuerzas de ocupación que habían decidido que ese día, el final oficial de la guerra, se daría un funeral digno a 74 prisioneros del recién liberado campo de concentración de Wöbbelin, un campo que dependía del campo de concentración Neuengamme. Eran los cadáveres de presos alemanes, rusos, polacos, holandeses, lituanos, franceses y checos. En once casos, no se llegó a saber nunca el origen de los muertos. La población de Schwerin fue obligada

a participar en el acto. El faltar a la cita se castigaba con la retirada de las tarjetas de racionamiento de alimentos. Las tumbas fueron excavadas por ex miembros del partido nazi, el NSDAP, y todos los ciudadanos de Schwerin tuvieron que pasar por delante de los cadáveres. Representantes de las Iglesias alemanas y estadounidenses, de confesión protestante, católica y judía, oraban, se disparaban salvas de reglamento, y las tumbas se decoraban con cruces de madera y estrellas de David.

El 1 de julio de 1945, el Ejército Rojo llegó a Schwerin, tal y como estaba previsto en el convenio entre los aliados. Ocupó también el cementerio conmemorativo. De 1945 a 1967 se enterraban allí los muertos del ejército soviético, primero los soldados que morían de las heridas de guerra, luego los miembros del ejército de ocupación que morían prestando servicio en la RDA, pero también empleados civiles y sus familiares. Además, se trasladaban allí los cadáveres de algunos prisioneros de guerra y trabajadores forzados soviéticos desde otros cementerios. En memoria de la victoria del ejército soviético sobre el fascismo se colocó un obelisco.

Algunos de los miembros del Ejército Rojo se enterraban en el mismo lugar que los 74 prisioneros del campo de concentración, sin que se supiera nada de ningún traslado de tumbas. Eso quiere decir que las mismas tumbas se ocupaban dos veces. Lo más probable es que esto pasara en el año 1948. De este modo, la memoria de los prisioneros se borró de la superficie.

Desde 1945 hasta 1989, los actos conmemorativos anuales para las víctimas del fascismo se celebraban en este cementerio de Schwerin. A finales de los años cuarenta, se añadía al cementerio militar soviético un campo de tumbas llamado «VdN», por las siglas en alemán de «Perseguidos por el régimen nazi». Allí se enterraban aquellas personas oficialmente reconocidas como perseguidas: combatientes del bando republicano en la Guerra Civil española, prisioneros de los campos de concentración, miembros de los grupos de resistencia antinazi. Los que habían sobrevivido el régimen nacionalsocialista y morían durante la posguerra, recibían aquí su sepultura de honor. Según los criterios específicos del antifascismo de la RDA, los interesados, para conseguir un sitio en este cementerio, además, tenían que haberse ganado honores durante la construcción del socialismo.

En los setenta, el aspecto del campo de tumbas VdN se cambió para darle la forma en la que se presenta aún hasta hoy. En el centro de las

instalaciones se encuentra un gran mausoleo, la tumba de honor de Kurt Bürger, cuyo nombre auténtico era Karl Ganz. Bürger había sido miembro del aparato militar del Partido Comunista de Alemania (KPD, por sus siglas en alemán) de Baviera. Tras emigrar a la Unión Soviética, se supone que entró en el servicio secreto soviético. Después de un tiempo como comisario político en la Guerra Civil española, se dedicó a reeducar a prisioneros de guerra alemanes en los llamados «campos antifascistas», a partir de principios de los cuarenta. En 1945, Bürger se trasladó a Mecklemburgo y tuvo un papel importante en la reconstrucción del KPD. En 1948 se convirtió en presidente regional del Partido Socialista Unificado de Alemania (SED, por sus siglas en alemán), y en julio de 1951 en presidente de Mecklemburgo, hasta su muerte el mismo año.

El mausoleo está rodeado de 300 lápidas pequeñas, todas idénticas: debajo de un ángulo rojo hay una inscripción que indica el nombre y las fechas de nacimiento y muerte de la persona. Incluso los ex prisioneros del campo de concentración, anteriormente borrados, reaparecen aquí, aunque de forma diferente: los prisioneros asesinados o muertos por agotamiento se han convertido en «luchadores contra el fascismo». En la fila exterior de la instalación hay 71 placas, las mismas que se utilizan para las tumbas de los VdN, con el mismo ángulo rojo, pero sin nombres, sólo con el número de prisionero y, si se conoce, la nacionalidad.

En 1978 se sustituyó el obelisco por un monumento del escultor Gerhard Thieme con el título «Luchadores del Ejército Rojo». Según el texto explicativo, el grupo de personas representadas por la escultura ya no expresaba luto, sino que «anuncia la fuente de energía de la liberación y el comienzo de la construcción de una nueva Alemania socialista».

Finalmente, la última modificación importante se realizó en 1992. En los primeros años después de la reunificación, caracterizados por la eliminación de los símbolos y las huellas del socialismo, se desmontó el «Centro Conmemorativo para los Luchadores por la Democracia y el Socialismo» del cementerio municipal de enfrente. En este caso, se trataba de otro cementerio conmemorativo, instalado más tarde, que estaba abierto tanto a los luchadores de la resistencia antinazi como a otras personas ilustres cuya biografía no tuviera nada que ver con la resistencia y la persecución. Desde allí se trasladaron las urnas y lápidas de 44 personas hacia el Cementerio para las Víctimas del Fascismo. Entre ellos se encontraban altos cargos del SED del estado de Mecklemburgo (o, en

la época de la RDA, el distrito Schwerin), como Hans Kahle, luchador en la Guerra Civil española y posteriormente jefe de la Policía Popular de Mecklemburgo, o Edgar Bennert, actor y superviviente del campo de Sachsenhausen, posteriormente director del Teatro Estatal de Schwerin. El mismo año, se decidió trasladar también el monumento del escultor Hans Kies, un grupo de luchadores heroicos, desde el «Centro Conmemorativo Socialista» al Cementerio para las Víctimas del Fascismo. Sin embargo, este traslado no se llegó a llevar a cabo. Últimamente, tanto el ayuntamiento de Schwerin como el Gobierno estatal de Mecklemburgo se empeñan en encontrar un nuevo significado para el cementerio. Lo toman en serio y quieren evitar que se margine o que se utilice solamente como trastero para los últimos símbolos de la RDA.

Las rupturas de las memorias

Hoy día, la unicidad del cementerio es indiscutible. La sepultura de los diferentes grupos de muertos en la disposición descrita arriba dice algo concreto sobre la sociedad de la posguerra. En ella se refleja el cambiante trato del pasado nacionalsocialista que se iba adaptando a las diferentes constelaciones del poder y las necesidades políticas, hasta incluso los primeros años después de la reunificación. Por consiguiente, el lugar tiene mucho interés cultural-histórico. En este cementerio se refleja no sólo la memoria, sino también las rupturas de la memoria y el olvido. Actualmente, ya nadie piensa en cambiar el diseño o eliminar elementos de la instalación, ni siquiera el mausoleo absurdamente grande de Kurt Bürger, hecho de granito negro pulido, decorado con una mascarilla blanca de mármol.

Sí hay planes que se dirigen hacia una historización del centro concentrándose en los primeros muertos, los prisioneros del campo de concentración de Wöbbelin. El objetivo consiste en hacer que estas verdaderas víctimas del nacionalsocialismo, que en su día habían dado nombre a este lugar, pasen de nuevo del margen al centro de la conciencia, eso sí, sin tocar las lápidas de la época soviética del cementerio.

En este ejemplo se muestra de manera impresionante la presencia de lo grande en lo pequeño. De esta forma se logran entender los continuos cambios del discurso oficial: primero se hablaba de los prisioneros desconocidos del campo de concentración, hambrientos y maltratados; luego venían los libertadores soviéticos que más tarde se convertirían en

ocupadores, a su vez sustituidos por los luchadores de la resistencia comunista; y finalmente, los constructores de la nueva sociedad socialista. Aparentemente, la reinterpretación y la eliminación de la memoria de las víctimas iniciales se realizaban sin ningún discurso, sin ningún debate público. Se puede pensar en dos posibles razones para explicar esa ausencia. Primero, en la zona de ocupación soviética no había ningún régimen democrático: la conmemoración y la memoria eran órdenes que venían desde arriba. Sin embargo, esta explicación no es del todo correcta. Durante los primeros años de la posguerra, sí que había unos enfoques democráticos e incluso unos elementos de memoria pluralista. Por otro lado, podría pensarse que a los ciudadanos de Schwerin este lugar les daba igual. Se les había obligado a rendirles el último tributo a las víctimas asesinadas, mientras que ellos mismos formaban parte de la sociedad de los culpables. Los ocupadores soviéticos y luchadores antifascistas simbolizaban el nuevo poder con el que había que convivir. Sin embargo, este nuevo poder no formaba parte de la historia de la gente, que trataba de guerra, cautividad y expulsión.

Desde principios de los años noventa, hay cientos de lugares parecidos en las ciudades y los municipios de Alemania oriental, que se redescubren, se olvidan o se reinterpretan. Con el año 1990 se inició un cambio de paradigmas que ha afectado no sólo el pasado de la zona de ocupación soviética y la RDA, sino que ha cambiado rápidamente también la manera de tratar el nacionalsocialismo. Naturalmente, esta evolución se debe a la estrecha relación que el SED había establecido entre el pasado nazi y la RDA. La identidad del partido se basaba en la tradición de la resistencia antifascista y a la vez justificaba su papel dominante.

La redefinición de la memoria a partir de 1990 traía consigo fuertes debates públicos. Entre otras cosas, se discutía sobre los monumentos, los nombres de las calles y las placas conmemorativas. Así, por ejemplo, la junta municipal del distrito de Lichtenberg, en la ciudad de Berlín, decidió en 1991 devolverle a la «calle de la Liberación» –por la que los tanques soviéticos habían entrado en la ciudad– su antiguo nombre de Alt Friedrichsfelde, razonando que la liberación no había sido tal, sino solamente el principio de una nueva dictadura. Durante el debate correspondiente se oían frases que sonaban a que el final de la guerra se seguía considerando un «desplome». Por otro lado, hubo voces opuestas que no querían de ninguna manera cuestionar la forma de ver

el pasado hasta ese momento. Las emociones estaban a flor de piel. En realidad, no era de extrañar. Después de décadas de una interpretación de la historia tan autoritaria y hermética, era natural que se produjera un vacío. Durante un breve momento, la historia parecía estar abierta para irse en cualquier dirección.

El antifascismo de la RDA

La RDA se veía a sí misma como un Estado antifascista con ciudadanos antifascistas. Lo representaba la elite del SED, cuyos miembros —baste entrados en años— incluso hasta los años ochenta venían mayoritariamente de la resistencia comunista. La relación entre el Estado y el pasado nazi tuvo mucha importancia desde los principios de la RDA hasta su final. El pasado era como un negativo de película, un fondo oscuro del que había que aprovecharse continuamente para motivar y justificar el sistema político. El Estado socialista y el «papel directivo del partido» (expresión que utilizaba el SED para describir el monopolio del poder) eran la encarnación del aprendizaje del pasado, la única posibilidad de evitar el regreso de la guerra y del terror.

Los líderes del SED intentaban sacar del pasado nazi, de la experiencia del fracaso y de la profunda culpabilidad frente a los demás pueblos europeos, algo como una identidad nacional positiva. Para conseguirlo, el partido tenía que proyectar en el conjunto de la sociedad su propia tradición de persecución y resistencia. Las partes de la sociedad que implicaban a los autores de los crímenes se proyectaban hacia fuera, más allá de la frontera, en el otro Estado alemán. Por consiguiente, la RDA no se veía a sí misma como heredera del «Tercer Reich» y por lo tanto se negaba a pagar indemnizaciones a los judíos supervivientes.

A los ex nazis menos importantes y con culpas menores se les extendía una oferta de integración, que fue aceptada y que se mantuvo a lo largo de casi dos generaciones. A los implicados se les permitió cambiarse al bando «antifascista» siempre que se comportasen de forma leal al nuevo orden y contribuyesen a la construcción del socialismo. Como recompensa, se les ofrecían unas posibilidades de ascenso únicas. Eso sí, el precio de la integración y del ascenso era la negación de la propia memoria, que sólo se permitía conservar en un contexto privado y familiar. La elite del SED y la población coincidían en la fórmula del «Nunca más», aunque la primera identificaba esas palabras con la persecución

y la cautividad, mientras que la otra las relacionaba con la guerra y el sufrimiento de la posguerra.

El modelo explicativo del pasado y la imagen de la Alemania nazi se basaban principalmente en la definición del fascismo que Georgi Dimitrov, presidente de la Internacional Comunista, había proclamado con ocasión del VII Congreso Mundial en 1935. Esa definición se orientaba ante todo por el fascismo italiano del que se cogía el nombre, en un momento en el que el nacionalsocialismo alemán no había adoptado aún sus características más importantes. Y más tarde, esa definición ya no se modificó, ni siquiera después de la experiencia de la guerra de exterminio y del Holocausto.

Una de las frases más importantes del discurso de Dimitrov, que posteriormente se citaría con mucha frecuencia, decía: «el fascismo es la dictadura terrorista abierta de los elementos más reaccionarios, chauvinistas e imperialistas del capital financiero». Según esta definición, el fascismo sería principalmente una variación del capitalismo, inmanente a él. Esta tesis se basa en el hecho de que las grandes compañías, los consorcios y bancos habían apoyado al partido nazi, y más adelante participaban en el poder. Sin embargo, otras características del régimen nazi, como la destrucción de la democracia, el papel específico del Estado y el apoyo masivo de la población, no se tenían en cuenta, o en todo caso, sólo dentro de ese contexto.

Esa argumentación llevaba a la convicción de que en la RDA mediante la expropiación de la gran industria, los bancos y los latifundistas, se había desarraigado completamente el fascismo. Siguiendo este razonamiento, no se distinguía mucho entre el nacionalsocialismo y otras dictaduras de la época, como la italiana, japonesa, española o húngara. Igual de poco demarcado estaba el límite entre el pasado y el presente, en el sentido de que el fascismo se consideraba no como un fenómeno histórico, sino como una tendencia permanente, en cualquier lugar donde hubiese capitalismo. Desde el régimen de los coroneles en la Grecia de los años sesenta hasta el golpe militar en el Chile de los setenta, todo era fascismo. Igual que bajo Stalin se consideraba el régimen de Yugoslavia como fascista, y a Trotsky se le estigmatizaba como agente de la *Gestapo*. Durante décadas, la RDA nunca dejó de liberar su encarnizada lucha ideológica contra el «fascismo recreciente en Alemania occidental».

De esta imagen del pasado resultaba una política de la memoria en cuyo centro estaba el movimiento obrero, y en especial el Partido Comunista, como el grupo más perseguido por los nazis y a la vez la fuerza más importante de la resistencia. Desde esa perspectiva, la persecución y el asesinato de los judíos —dicho de forma muy exagerada— aparecían solamente como una maniobra de distracción para disimular la explotación y preparar ideológicamente la guerra. Los crímenes del Holocausto, las montañas de cadáveres humanos en los campos de concentración, estaban siempre presentes dentro de esa política de la memoria, pero estaban de cierta manera «ocupados» por la memoria comunista.

Aniversarios y centros de conmemoración

La política de la memoria del SED, conforme con la estructura dictatorial de la sociedad, era un asunto extremadamente monolítico y hermético. No había imágenes del pasado alternativas, no había ningún debate público acerca del pasado. Solamente en el ambiente privado o en las parroquias, así como en el tratamiento artístico y literario, podrían expresarse memorias diferentes.

De la dirección del aparato de la memoria oficial se encargaba el Politbüro del SED. A través del «Comité de los luchadores de la resistencia antifascista», el Ministerio de Cultura, el Museo de Historia Alemana (donde se preparaban los decorados para las diferentes exposiciones), los periódicos, las editoriales, la televisión y el Ministerio de Educación, este aparato llegaba hasta el interior de las escuelas, del ejército y de las empresas colectivas. Se pretendía incluir en el programa de educación a cada uno de los ciudadanos. Había toda una red de monumentos, placas conmemorativas locales y «gabinetes de tradición antifascista» en las empresas. A las escuelas se les ponían los nombres de luchadores de la resistencia comunista. Incluso las empresas colectivas y las brigadas competían por recibir nombres de este tipo en el marco de la «competición socialista».

La conmemoración de las víctimas del fascismo ocupaba un amplio espacio en la vida social de la RDA. Era un punto de referencia importante para la identidad nacional propagada por el Estado de ser «la mejor Alemania», en la que el pasado estaba superado definitivamente y para siempre. Los establecidos rituales se repetían siempre en fechas fijas, el 8 de mayo y el 12 de septiembre. Los lugares más importan-

tes para esos rituales eran los grandes centros conmemorativos en los antiguos campos de concentración de Buchenwald, Sachsenhausen y Ravensbrück, cuyo diseño se adaptaba a la versión oficial de la historia, mientras que otras huellas de la memoria se dejaban de lado. En esos lugares se evocaba ante todo el «legado» de las víctimas, hecho realidad en la RDA.

El mensaje relacionado con esa memoria tenía un carácter altamente autoritario y heroico. Decía: al construir el socialismo y hacernos soldados y oficiales del Ejército Popular Nacional, estamos realizando el legado de los asesinados. Los héroes antifascistas eran los ejemplos que había que seguir en cuanto a disciplina, fidelidad y devoción, esfuerzo y sacrificio. Por otro lado, el comportamiento rebelde, valor cívico, compasión y una opinión propia en contra de la mayoría eran características mucho menos valoradas. El objetivo no era la aclaración del pasado, sino la identificación con la tradición. No se daba mucha importancia a los conocimientos exactos. Incluso la resistencia antinazi comunista, que al fin y al cabo estaba en el centro de la memoria oficial, no era objeto de una investigación seria, al menos durante las primeras décadas. Las biografías auténticas de los héroes comunistas solían ser trágicas y desgarradas, y a menudo no se entendían sin tener en cuenta la historia del estalinismo. El antifascismo de la RDA se caracterizaba, en palabras de Ralph Giordano (1987), por una «humanidad dividida». Los crímenes del estalinismo se ocultaban totalmente, lo que en 1989 hizo estallar con vehemencia los recuerdos reprimidos.

Ya a principios de los años cincuenta, se habían cristalizado los rasgos fundamentales de la política de la memoria de la RDA. En ello, eran importantes dos procesos paralelos: por un lado, la división de la memoria en medio de la Guerra Fría, y la adaptación de la imagen del pasado a las condiciones del enfrentamiento de bloques. Una de las consecuencias era la ocultación de los elementos no comunistas de la resistencia en el canon de la memoria oficial, y la arriba mencionada proyección de la culpa y la responsabilidad del pasado en los vecinos de Alemania occidental. Y por otro lado, en esa misma época, el SED procedía a una limpieza interna del partido sacrificando principalmente a los que volvían del exilio occidental, los combatientes de España y los judíos. Les ponían las etiquetas de agentes sionistas, trotskistas y titoistas, y los borran de la memoria. Unos años más tarde los redescubrirían, pero cambiados, menos vivos, menos reales, como héroes perfectos e into-

cables. Para poder incluir en la política de la memoria a la gran masa de antiguos simpatizantes y miembros del NSDAP, hacía falta –en palabras del historiador Jürgen Danyel– «una transformación del antifascismo de una memoria concreta y una estrategia analítica individualizadora (es decir, hablando de la responsabilidad del individuo) a una *ideología confesional no diferenciada*» (1995: 42).

En los años setenta, el canon de la memoria se amplió al «redescubrir» la resistencia socialdemócrata, cristiana y burguesa, y en los años ochenta se le dio por primera vez un significado propio al Holocausto, dentro de una gran campaña conmemorativa; pero ambas iniciativas se debían a una estrategia táctica. En ningún momento se vio afectado el dogma del papel directivo de los comunistas en el pasado, el presente y el futuro.

El final del antifascismo de la RDA

A partir de mediados de los años ochenta, como muy tarde, se hizo evidente que la memoria oficial se había convertido en un patetismo hueco. El mensaje se había consumido solo, principalmente porque las promesas de un futuro mejor ligadas a él no se habían cumplido. La generación que en los años cincuenta había aceptado la oferta de integración se iba jubilando, y la nueva generación ya no sentía la misma obligación para cumplir con aquel acuerdo. Innegablemente, había grandes partes del pasado nazi que no se habían tocado. La RDA se había convertido en una sociedad que se escondía detrás de una historia ajena, pero ahora su propio pasado empezaba a alcanzarla.

En esa época aumentaba el número de actos violentos cometidos por jóvenes cabezas rapadas, tanto que el fenómeno ya no se podía ignorar públicamente. Al final, los líderes del SED decidieron hacer una fuga hacia delante: en unos juicios ejemplares se aplicaban unas sentencias muy severas, a la vez que se intentaba demostrar que el motivo de este tipo de delito sólo podía tener su origen en la Alemania occidental. Años después de la reunificación, en un momento en el que los actos violentos cometidos por neonazis y los éxitos electorales de los partidos de la derecha estaban en los titulares, principalmente en los estados federados de la ex RDA, la argumentación parecía darse la vuelta: se indicaba como uno de los motivos del auge del extremismo derechista la superación insuficiente del pasado nazi en la RDA. Pero no es tan

sencillo. Hay que preguntarse si realmente es la violencia de la memoria reprimida que vuelve a surgir dos generaciones después, o si pueden ser la marginación social, el desempleo y la falta de perspectivas que afectan grandes partes de la población de Alemania oriental, lo que provoca esos actos, o si cada una de esas explicaciones se queda corta si se consideran aisladamente.

Actualmente, lo que queda de la política de la memoria de la RDA no son más que unos fragmentos. El elemento más duradero parece ser la idea de no ser culpables de los crímenes nazis. La versión oficial propagada por el SED hasta 1989, según la cual los verdaderos culpables eran las grandes empresas, la *Gestapo* y las SS, mientras que el pueblo fue engañado, sigue teniendo sus secuelas. Sería interesante investigar si, por ejemplo, la exposición sobre la *Wehrmacht*, que también ha pasado por Dresde y Potsdam, causaba allí menos irritación y escándalo que en Múnich o Frankfurt. En la RDA, todo el mundo sabía que la *Wehrmacht* participaba en los crímenes. Sin embargo, a la vez se creía que los soldados rasos no tenían culpa alguna.

Esa supuesta «ausencia de culpa» y «ausencia de responsabilidad» de los crímenes nazis se ve claramente en el debate alrededor del pediatra Jussuf Ibrahim. En la ciudad de Jena, a este médico se le veneraba como «salvador de los niños», la clínica de pediatría y varias calles llevaban su nombre, y era «ciudadano honorario» de la localidad. Cuando en 1998, el periodista Ernst Klee de Frankfurt, que llevaba mucho tiempo investigando sobre la relación entre la medicina y los crímenes nazis, reveló que Ibrahim estaba relacionado con el asesinato de niños enfermos en el psiquiátrico de Stadtroda, se armó un pequeño escándalo en Jena. Sin embargo, este debate adoptó un aspecto muy extraño. En ocasiones, uno podría haberse llevado la impresión de que se tratara de un rechazo colectivo de un intento «desde el Occidente» de desacreditar los logros de la medicina de la RDA. Los tópicos sobre la época nazi se combinaban con un extraño patriotismo pro-oriental. Además, durante el debate se supo que el Ministerio para la Seguridad del Estado sabía perfectamente qué crímenes habían cometido Ibrahim y algunas de sus compañeras en relación con la eutanasia, pero que había mantenido en secreto esa información para no comprometer el renombre internacional de los médicos.

Podrían darse muchos más ejemplos parecidos. En la Alemania oriental existe todavía una gran necesidad de este tipo de análisis del

pasado. Sin embargo, no es tan fácil ponerse al día porque el contexto de ahora es diferente al de la República Federal de los años setenta y ochenta. En la parte oriental del país, el actual análisis del pasado está relacionado a menudo con el del estalinismo. En el debate acerca de Ibrahim, sin embargo, esa relación no era la misma que la que había en el caso de los campos especiales que el ejército soviético instalaba en algunos de los antiguos campos de concentración nazis, con la consiguiente competencia entre las víctimas. La cultura de la memoria en los nuevos estados federados es muy diferente a la de la antigua República Federal, y parece ser que estas diferencias seguirán existiendo durante mucho tiempo.

Bibliografía

- DANYEL, Jürgen (1995): «Die Opfer- und Verfolgtenperspektive als Gründungskonsens? Zum Umgang mit der Widerstandstradition und der Schuldfrage in der DDR», en: id. (ed.), *Die geteilte Vergangenheit. Zum Umgang mit Nationalsozialismus und Widerstand in beiden deutschen Staaten*. Berlin: Akademie-Verlag, pp. 31-46.
- GIORDANO, Ralph (1987): *Die zweite Schuld oder Von der Last, Deutscher zu sein*. Hamburg: Rasch und Röhrling.